

A mi amiga Cris G. (mi Danny DeVito),  
intrépida compañera de aventuras.

GRACIA IGLESIAS

Dedicado a la memoria de todos los bichos  
que durante siglos han sido aplastados,  
fumigados y comidos, puaj, puaj, descansen en paz.

SARA SÁNCHEZ

Primera edición: noviembre, 2025

© Ediciones Jaguar, 2025  
C/ Peñuelas 26 C. Local 17-18. 28005 Madrid  
www.edicionesjaguar.com

Del texto © Gracia Iglesias, 2025  
De las ilustraciones © Sara Sánchez, 2025



Thema: YFB  
ISBN: 978-84-10208-76-6  
Depósito legal: M-13619-2025  
Impreso en España.

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

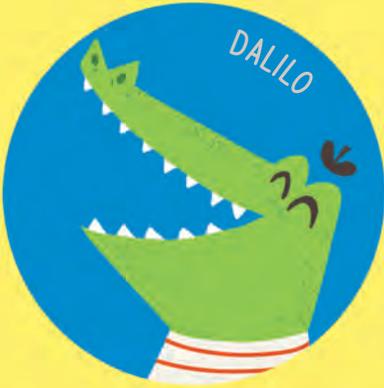
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Escrito por  
**GRACIA IGLESIAS**

Ilustrado por  
**SARA SÁNCHEZ**

**miau**  
JUNIOR



1

## UN APESTOSO MANJAR



—¡Deliciozoz! —gritó Timoteo con la boca llena.

Se acercaba a la tienda de Viriato a grandes zancadas. Iba dando mordiscos a algo que llevaba en la mano, y sus resoplidos de cansancio por el esfuerzo de andar y comer al mismo tiempo se mezclaban con suspiros de gozo por el manjar que estaba saboreando.

—¡EZQUIZITÓZ! ¡Lo mejod de lo mejod! —exclamó, lanzando perdigonazos de comida y saliva con cada palabra.

Acababa de llegar al puesto de verduras del conejo, donde Basilia, Celestino y Marcelina hacían cola detrás de Dalilo para ser atendidos.



Como de costumbre, un **TUFILLO** especial acompañaba a Timoteo, aunque en esta ocasión traía, además, una peste nueva que salía de su hocico cada vez que lo abría para decir algo.

Todos se taparon la nariz y Basilia sacó un pequeño paraguas para cubrirse de los salivazos. Pero Timoteo no se dio ni cuenta, o no le importó, parecía muy contento.

—¿Qué estás comiendo? —le preguntó Marcelina.

Sin cambiar su expresión de alegría, él le enseñó lo que llevaba en la mano:

—Esto —dijo—. Está riquísimo.

¡Era un ajo!

Llevaba varios en los bolsillos y se los iba zampando a bocados, ¡con cascarilla y todo!

—Son del huerto de Viriato —explicó—, los compro a menudo pero esta vez... ¡ummm!, le han salido más sabrosos, no sé... como más carnosos, **¡OINC OINC!**

Se metió en la boca otro ajo entero y lo masticó con fruición.

—Ñam grumf, ñam grumf, ñam, ñam, ñam, grumf grumf.





Viriato puso cara de espanto. Lo único que diferenciaba esos ajos de los que solía tener en su puesto de **VERDURA** era... ¡que estaban pochos!

Hacía semanas que Timoteo había acabado con todos los ajos del huerto. Cuando volvió a por más, Viriato le dijo que no le quedaban. Pero el jabalí vio unos sacos llenos de bulbos estropeados que el conejo iba a tirar, dijo: «mira, ¡ahí tienes!» y, antes

de que pudiera impedírselo, agarró uno, lo probó y le encantó. Así que el tendero le regaló unos cuantos ajos viejos y Timoteo se marchó más feliz que una perdiz.

A Viriato le daba mucha vergüenza que sus clientes se enteraran de eso, ¡qué iban a pensar de él! Así que tosió para disimular, entregó a Dalilo su compra y dijo:

— ¡SIGUIENTE E E !

El cocodrilo pagó y se alejó poniendo su mejor gesto de caballero refinado, mientras decía entre dientes:

— Hay que ser bruto para comer ajos de esa forma, **¡PUAJ!**

